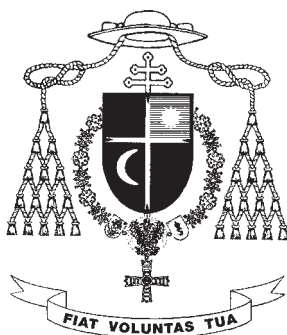


San Ildefonso de Toledo

607-2007. XIV Centenario de su nacimiento



✠ **ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA**
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España



SAN ILDEFONSO DE TOLEDO

XIV Centenario de su nacimiento

✠ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España

- Carta Pastoral.
- Homilía en las Primeras Vísperas en la parroquia de san Ildefonso, el 22 de enero.
- Homilía en la Santa Misa de la víspera, en la parroquia de san Ildefonso, el 22 de enero.
- Homilía en la Santa Misa de apertura del Centenario, en la solemnidad de san Ildefonso, el 23 de enero, en la S. I. Catedral Primada.
- Consagración al Inmaculado Corazón de María, ante el Altar de la Descensión de la Virgen, el 23 de enero.
- Palabras en la inauguración de la exposición «Hispania Gothorum», en el Museo de Santa Cruz, el 23 de enero.

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO
XIV Centenario de su nacimiento

Carta Pastoral

I. Memoria agradecida por Toledo, sus raíces y su historia

Queridos hermanos y hermanas de la Archidiócesis de Toledo:

1. Con verdadero gozo y lleno de agradecimiento a Dios, dador de todo bien, me dirijo a vosotros en la fiesta de san Ildefonso, nuestro patrón. Este año se cumplen los mil cuatrocientos del nacimiento de este Santo Arzobispo, uno de los hombres más insignes de la grande historia de Toledo.

2. Permitidme este atrevimiento -no se trata de un halago fácil, sino de la verdad-: ser toledano es un don. También otras ciudades y regiones tienen motivos, más que sobrados, para afirmar algo parecido de sí mismas: sin duda, igualmente es un don ser de esos otros lugares tan queridos y meritorios. Pero Toledo tiene sus singulares y propias razones para ratificar esta afirmación y estimar una verdadera gracia y fortuna el pertenecer a este gran pueblo -la ciudad que seguramente vio nacer a san Ildefonso-, o a esta Iglesia diocesana, a la que sirvió y servirá para siempre como pastor nuestro santo Patrón.

Su gran y decisiva historia, sus muy nobles y buenas gentes de siglos y siglos, su inmenso patrimonio espiritual, artístico y cultural, por tantos motivos rico y admirable como pocos, hacen de Toledo un lugar apasionante, no sólo por su glorioso y sugerente pasado, sino también, y sobre todo, por el futuro y la fuerza fecundante y generadora que tal pasado lleva en su entraña. Es una herencia de siglos llegada hasta nosotros como un inmenso legado de vida, de valores, de frutos de humanidad, de realizaciones y vida del espíritu, de proyectos no cerrados, amasados con sacrificios y fatigas, no exento de dificultades y fracasos, y animado por una pasión generosa que ni ha venido ni puede venir a menos. Esta herencia recibida -de la que es preciso guardar una viva memoria agradecida- ha configurado el «rostro», la fisonomía e

identidad de Toledo, su propia vocación en el conjunto de pueblos de España y en el interior de la Iglesia, y, por ello, la marca con el sello indeleble y con el compromiso y responsabilidad inalienables de entregar esta herencia, renovada, avivada, acrecida y enriquecida, a las generaciones futuras.

3. La herencia toledana y el rostro que la identifica, se quiera o no, son inseparables de la fe cristiana, de la cristianía que la ha hecho posible. Esta es una verdad histórica que desgraciadamente tal vez la cultura dominante del momento trata de relegar al olvido y fuerza a ignorarla. Recuperar esta memoria agradecida resulta indispensable para mirar y dirigir nuestros pasos al futuro, valientemente, sin complejos y con toda decisión. Nuestra historia es «nuestra» historia, y nuestras raíces somos nosotros; olvidar esta historia o desfigurarla, erradicar o dejar morir nuestras raíces, es dejar de ser lo que somos, es desaparecer, y carecer, por tanto, de futuro.

II. Memoria agradecida de san Ildefonso, en el décimo cuarto centenario de su nacimiento. Semblanza de san Ildefonso

4. En la recuperación de la memoria agradecida, este año, Dios nos concede celebrar el décimo cuarto centenario del nacimiento de san Ildefonso, uno de los más grandes de los «nuestros más nuestros», de entre los toledanos y de nuestra entrañable Toledo, en toda su trayectoria histórica. San Ildefonso es uno de esos muchos que, a lo largo de los siglos, han nacido o vivido en esta tierra, han amado profundamente a sus hombres y han gastado su vida por ellos, anunciando y dando testimonio de Jesucristo, y ayudando a sus hermanos a vivir una vida más plena. Pertenece a esa estela de hombres y mujeres que, desde santa Leocadia, en los albores del siglo IV, hasta nuestros días, han dejado una huella de santidad y han hecho ese pueblo resplandeciente de humanidad que nos encontramos todavía hoy. Los santos no pasan nunca en vano por nuestra historia. Alabemos y bendigamos a Dios, tan inmensamente admirable en sus santos, tan admirable y tan cercano en san Ildefonso.

5. Evoco aquí algunos rasgos de la semblanza que de él trazó su sucesor, san Julián de Toledo: «Ildefonso, famoso en su tiempo, proveyó al nuestro con la abundancia refrescante de su elocuencia (...), varón tan digno de alabanza como rico en virtudes. Estuvo dotado de la presencia del temor de Dios, de profundo sentido religioso, pródigo en compunción, de andar digno, notable por su honestidad, único por la paciencia, callado en la guarda del secreto, el más elevado en sabiduría (...), elocuente por la riqueza del lenguaje y por su estilo, que, al disponer extensamente el discurso de sus disputas,

con razón podía creer que no era un hombre el que hablaba, sino Dios, quien se servía copiosamente del hombre (...), fue notable en el pontificado durante nueve años y casi dos meses por los méritos de su vida y lo acertado de su gobierno».

«Capellán de la Virgen», en expresión de Lope de Vega, y «fiel notario de María», como le aclama el Medioevo, defensor de la virginidad perpetua de María, Ildefonso fue un hombre de Dios, que buscó a Dios y su voluntad en el desierto de la soledad y de la oración del monasterio, prefirió y antepuso la sabiduría escondida en Dios a todos los honores y riquezas de la tierra, edificó sobre la roca firme de Jesucristo, Palabra única, plena y definitiva del Padre, tomó parte con fortaleza en los duros combates del Evangelio; mantuvo, sin regatear esfuerzos, el depósito de la fe recibido de los antiguos, dentro y en unidad de la Tradición de la Católica; y vivió, por la fe, para comunicar incansablemente el Evangelio de Jesucristo, en el que nos sumergimos por el Bautismo. Fue un hombre fiel a la común vocación a la que todos los bautizados en la Iglesia hemos sido llamados: la de ser santos e inmaculados en Jesucristo ante Dios por el amor.

6. Dios, en su infinita bondad y por obra de su gracia, hizo confesor, por su fe y por su amor, a san Ildefonso y no defraudó la esperanza que manifestaba en sus ruegos, de ver gozoso en el cielo al que confesaba en la tierra con el corazón y los labios. El Señor concedió a san Ildefonso la corona de la perfección y de la santidad a la que todos hemos sido llamados. En uno, como nosotros, vemos brillar la fortaleza y la sabiduría, la gracia y la benignidad de Dios que nos muestra cómo es posible seguir esa senda de perfección que Él nos ha trazado.

III. La santidad y enseñanzas de san Ildefonso nos recuerda que estamos llamados a ser santos en este tiempo, como bautizados en Cristo

7. En san Ildefonso se nos ha ofrecido por parte de Dios y tenemos para nuestro ejemplo y aliento, en consecuencia, al hombre santo que nos conduce certeramente hoy en la apasionante tarea de renovación eclesial y pastoral. Hoy más que nunca la acción de la Iglesia tiene como urgencia prioritaria la pastoral de la santidad. Hoy más que nunca es necesario y apremiante hacer hincapié en esta urgencia, que es fundamento de toda programación y presencia eclesial. Sin esto todo se desmorona, nada tiene consistencia. En los momentos cruciales de la Iglesia, como el nuestro, han sido siempre los santos quienes han aportado luz, vida y caminos de renovación, como San Ildefonso, que también vivió unos años de una situación decisiva para la

historia de la Iglesia, de la fe en España, no exenta de dificultades, internas y exteriores.

8. La Iglesia y el mundo necesitan santos; se necesita ofrecer modelos de santidad. La vida entera de la comunidad eclesial debe ir en esta dirección: la que lleva a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección del amor. Insistir en esto -¡y qué bien nos viene celebrar a lo largo de un año el testimonio de san Ildefonso!- no es escapismo o huida de los grandes problemas que nos acechan. Todo lo contrario. Precisamente porque nos hallamos inmersos en el mundo de hoy, en la sociedad española de hoy, con tantísimos y tan gravísimos problemas, es por lo que es preciso insistir en esta llamada a ser santos, como Dios es santo. La figura de san Ildefonso, en este año jubilar suyo, nos va a recordar a lo largo de él, que, precisamente porque vivimos tiempos complicados y difíciles y nos hallamos en una situación muy fragmentada y dispersa, es preciso impulsar entre nosotros una pastoral que va a lo esencial, a lo que es sustancial en la vida cristiana y en la vida del hombre: ser testigos de la caridad que no tiene límites y de la entrega servicial a los hombres siguiendo el camino que Cristo recorrió, y es Él mismo, el camino de las «bienaventuranzas», que son retrato que Jesús nos dejó de sí mismo, dibujo de su rostro -rostro de Dios-, descripción concreta de su infinita caridad, la muestra más auténtica de la verdad del hombre.

9. Poner toda nuestra programación pastoral bajo el signo de la santidad, entre otras cosas, significa poner en el centro de la misma el Bautismo, que es una verdadera entrada en la santidad de Dios por medio de la inserción en Cristo y de la inhabitación del Espíritu Santo. Por eso, en este curso pastoral en el que la diócesis de Toledo trata de profundizar en cuanto significa la iniciación cristiana, para renovarla, fortalecerla, llevarla a cabo con todas sus consecuencias y exigencias, Dios nos sale al paso y nos pone delante como guía y maestro a san Ildefonso de Toledo, que escribió uno de los más importantes tratados de la antigüedad sobre el Bautismo -puerta por la que se entra en la vida cristiana- y sobre la iniciación cristiana. Habremos de escucharle a Él, aprender de Él, y sacar todas las consecuencias que se derivan del Bautismo, y de los otros dos sacramentos de la iniciación cristiana: Confirmación y Eucaristía. Como sucedió en nuestro Santo, los bautizados no podemos contentarnos hoy con una vida mediocre, vivida según una ética minimalista y una religiosidad superficial y tibia. Juan Pablo II nos lo recordaba en su carta Al comenzar el nuevo milenio: «Preguntar al catecúmeno, ‘¿quieres recibir el Bautismo?’, significa al mismo tiempo preguntarle, ‘¿quieres ser santo?’. Significa ponerle en el camino del Sermón de la Montaña: ‘Sed perfectos, como es vuestro Padre celestial’ (Mt 5,48)».

Por eso también san Ildefonso a su obra «El conocimiento del bautismo», añadió otra inseparable de ésta que refleja ese camino de santidad, «El camino del desierto». Pastoral de la santidad y pastoral de la iniciación cristiana son, pues, inseparables, como nos muestra nuestro santo Arzobispo.

10. Es en los santos donde podemos «ver» de alguna manera a Cristo, en sus discípulos y testigos, en los bautizados en los que Él vive, donde tenemos la experiencia de Él en toda su cercanía, en toda su obra transformadora y redentora de la vida de los hombres, como signo y presencia del Dios vivo que es Amor. Los santos, vida ordinaria de los renacidos en Cristo por el Bautismo, hombres y mujeres de nuestro mismo barro, reflejan precisamente la vida que Cristo mismo encarnó y vivió históricamente, aquella que los primeros discípulos vieron con sus propios ojos y palparon con sus manos. Sólo una vida de santos -como de aquellos tres grandes arzobispo del siglo VII del esplendor visigótico -san Eugenio, san Ildefonso, san Julián- dará a conocer a Jesucristo, origen y meta de una humanidad y verdadera; sólo con santos será creíble, visible y «seguible» el Evangelio. Por eso en este año, mil cuatrocientos aniversario del nacimiento de san Ildefonso, en el que nuestra diócesis se siente urgida por una renovación de la pastoral de iniciación cristiana, sentimos una llamada especial a no tener miedo a ser santos, a seguir a Jesucristo que es fuente de libertad y amor, a abrirse al Señor, para que Él ilumine todos nuestros pasos. De la mano, de los labios, del testimonio y de la enseñanza de san Ildefonso, cobran actualidad y fuerza las palabras de Jesús: «Sed santos, sed perfectos, sed misericordiosos, como mi Padre celestial es santo, perfecto y misericordioso». Aquí está el futuro. Este es el camino, el único y verdadero camino del futuro, que se abre ante nosotros en los precisos momentos que vivimos cargados de incertidumbre pero abiertos a la luz de la esperanza.

IV. San Ildefonso, maestro y defensor de la fe, nos anima vivir la fe en toda su verdad, en total comunión con la Iglesia y con plena valentía

11. Ese camino es inseparable de la fe en Jesucristo, hijo de Dios vivo, que con tanta fortaleza como vigor vivió y defendió san Ildefonso, frente a las asechanzas todavía presentes de las herejías arriana o adopcionista. Genuino y fiel intérprete de la fe, no se le ocurre a san Ildefonso trocar el oro de la Revelación por el lodo de las nuevas ideologías. En estos tiempos, tan marcados por un nuevo gnosticismo ambiental e ideológico, en que se niega la divinidad o la humanidad de Jesucristo o se silencia la virginidad de su Santísima Madre, o en los que se destruye el misterio de la Encarnación, y

del misterio y persona divina de Jesucristo, el Hijo de Dios que se ha hecho hombre por obra del Espíritu Santo en el seno de la siempre Virgen María, o en el que, como consecuencia, no se acepta que Jesucristo sea el Salvador único y universal de los hombres, necesitamos acudir al magisterio claro e inequívoco, lúcido e iluminador, de san Ildefonso, a su testimonio de exposición fiel e íntegra de la fe de la Iglesia, dentro de la gran Tradición de la católica, sin salirse de esa Tradición ni un ápice, en comunión consciente y expresa con la Traición, la *Traditio Ecclesiae*. Hoy, ante el panorama doctrinal que estamos viviendo -ese panorama no muy halagüeño y a veces oscuro que con tanta lucidez han descrito y puesto al descubierto los Obispos de la Conferencia Episcopal Española este mismo año, en su Instrucción Pastoral titulada «Secularización y Teología»- necesitamos de hombres y maestros como San Ildefonso que expongan, defiendan y testimonien la verdadera fe de la Iglesia, la que acoge la revelación de Dios que nos alcanza por la Tradición. Necesitamos así mismo acudir, para aprender de ahí, a la incansable labor de san Ildefonso de fortalecer la iniciación y la formación cristiana de la fe.

12. Necesitamos confesar la fe cierta y verdadera de la Iglesia, de la Tradición que nos une a la Iglesia, no nuestras opiniones o las opiniones o teorías al uso, marcadas más por el pensamiento subjetivo o el determinado por la cultura de nuestra época, pero que nos separa de esa Tradición, la única que nos asegura permanecer en la verdad y en la fe de la Iglesia, con todas las consecuencias que esto comporta aun incluso para la vida social y pública de nuestro pueblo, que se ha hecho y se ha identificado a partir de ella.

13. Es preciso revitalizar nuestra fe, mantenerla fiel y viva, manifestarla con decisión, libertad y confianza; con coraje y osadía, obedeciendo a Dios antes que a los hombres. Necesitamos de aquella fe sólida, asentada sobre la roca firme que es Cristo, presente e inseparable de su Iglesia, que nos alcanza dentro de la Tradición de la Católica, y que llevó a san Ildefonso a la santidad. Como nos dijo Juan Pablo II en su primer viaje a España -y debería ser una de las consignas para este año jubilar de San Ildefonso-, es necesario que los católicos españoles, que los católicos toledanos, sepamos «recobrar el vigor pleno del espíritu, la valentía de una fe vivida, la lucidez evangélica iluminada por un profundo amor al hombre hermano. Para sacar de ahí fuerza renovada que nos haga incansables creadores de diálogo y promotores de justicia, alentadores de cultura y elevación humana y moral del pueblo. En un clima de respetuosa convivencia con las otras legítimas opciones, mientras exigimos el justo respeto a las nuestras».

14. La formación de cristianos de fe sólida y esclarecida, con todas sus consecuencias morales y sociales es una de las tareas más prioritarias y apremiantes para la Iglesia de hoy, como hemos señalado, ante nuestra realidad social y cultural, los Obispos de la Conferencia Episcopal en nuestra en nuestra, todavía muy reciente, Instrucción Pastoral que lleva por título «Orientaciones Morales de la Iglesia ante la actual situación de España».

Necesitamos embarcarnos con decisión y generosidad, sin reservas, comodidades, perezas o miedos, en la tarea, urgente como nunca y sin duda ardua, de una formación sólida en la fe, en la vida de fe, que implique la aceptación consciente del mensaje moral cristiano. No podemos caer ni en el relativismo doctrinal ni en el relativismo moral de nuestro tiempo, como tantas veces nos recuerda el Papa Benedicto XVI, desde el comienzo de su Pontificado. Esta solidez en la formación y en la vida de fe es lo que hará que llevemos una vida santa en medio del mundo y al servicio de su transformación, lo que propiciará una eficaz acción evangelizadora, y lo que hará que salgamos del anonimato y de los refugios invernales para ir a donde están los hombres y comunicarles el gozo inefable de la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios vivo hecho hombre en las purísimas entrañas, por siempre virginales, de María, y la alegría inmensa de que somos queridos por Dios, y que Cristo ha muerto y ha resucitado por nosotros, y por nuestra salvación para la vida eterna.

Esto es lo que puede vencer -y vencerá- al laicismo excluyente e ideológico, que no tiene ningún futuro aunque pueda hacer sufrir no poco. Lo que vence al mundo, lo que vence el laicismo que se impone es la victoria de nuestra fe, la fe que no se impone sino que se ofrece como don y como gracia, como fuerza que nos saca de la pusilanimidad y el amedrentamiento miedoso de las fuerzas que no son de luz, sino de oscuridad de este mundo.

V. San Ildefonso, el más antiguo testigo de la esclavitud mariana, nos muestra que para ser de Cristo hemos de ser María

15. San Ildefonso de Toledo, «el más antiguo testigo de esa forma de devoción que se llama esclavitud mariana» (Juan Pablo II), guiado por la santísima Virgen María, el gran amor de su vida, como Pablo, no quiso otra cosa en su vida que ser de Jesucristo, conocerlo, amarlo y darlo a conocer. Este ser de Cristo, este vivir en Cristo, con Él y por Él, que es donde radica la vida nueva del bautizado, san Ildefonso lo vivió de una forma muy propia que es la de la esclavitud de la Virgen María, que él mismo expresa con estas tan hondas y vivas palabras: «Te ruego, te ruego, santa Virgen, que yo posea a Jesús de aquel Espíritu por el que tu carne concibió al mismo Jesús; que yo pueda conocer a Jesús en virtud de aquel Espíritu por el que te fue dado a Tí

conocer, tener y alumbrar a Jesús. Hable yo sobre Jesús cosas humildes y sublimes en aquel Espíritu en el que Tú te confiesas esclava del Señor, deseando que se realice en Tí la palabra del Ángel. En aquel Espíritu ame yo a Jesús en el que le adoras como Señor, le contemplas como Hijo. Tan realmente rinda yo vasallaje a este Jesús como realmente se sometió Él mismo a sus padres, siendo Dios».

16. En san Ildefonso se nos ha abierto el camino de la «esclavitud de María», que posteriormente asumiría san Luis María Grignon de Monfort y que tan hondamente incorporó a su propia espiritualidad el Papa Juan Pablo II, con la expresión de su lema episcopal: *Totus tuus*. Este camino Ildefonsiano de la «esclavitud mariana» es por el que recorre el seguimiento de Cristo, que es lo que pretendió a lo largo de su vida. Toda la vida de San Ildefonso está marcada por la centralidad de la persona de Jesucristo: pensó, sintió, amó como Cristo Jesús; conversó y habló como Él; conformó, en una palabra, su vida con Cristo; su ocupación esencial fue revestirse de Jesucristo, como corresponde al que ha recibido el Bautismo. Por eso precisamente - y esta es la razón y no otra - vivió una piedad y una devoción hondamente mariana de total abandono en María, cuyo nombre y virginidad defendió con tanta fuerza como verdad y hondura teológica.

17. Por eso mismo, todo su vivir fue asimismo profundamente cristocéntrico. Siglos más tarde, san Luis María Grignon de Monfort, siguió ese mismo camino de perfección y de vida cristiana que es el de la «esclavitud mariana»; y por ello este santo francés dijo aquellas palabras tan hondas y nucleares, que bien haría tuyas enteramente nuestro santo Arzobispo, san Ildefonso de Toledo: «Nuestro único maestro que debe instruirnos, nuestro único Señor del que debemos depender, nuestra única cabeza a la que debemos permanecer unidos, nuestro único modelo al que debemos conformarnos, nuestro único médico que debe curarnos, nuestro único pastor que debe alimentarnos, nuestro único camino que debe conducirnos, la única verdad que debemos creer, la única vida que debe vivificarnos y nuestro único todo, en todas las cosas, que ha de bastarnos». La devoción a la Madre de Dios, si es verdadera, es siempre cristocéntrica, está radicada profundamente en el Misterio Trinitario de Dios, y en los misterios de la Encarnación y de la Redención.

No es posible separar la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, de la fe en María Santísima, verdadera Madre de Dios, siempre Virgen, en expresión precisa de san Ildefonso, «virgen antes de la venida del Hijo, virgen después de la generación del Hijo, virgen con el nacimiento del Hijo, virgen después de nacido el Hijo». No hay que temer la devoción, al contrario, nos

llevará siempre a Cristo, porque es inseparable de su Santísima y Virgen Madre; nos lleva a nuestro ser más auténtico. Por eso también sus enseñanzas acerca de cerca del Bautismo y de la iniciación cristiana; su doctrina sobre el Bautismo pone ante nuestros ojos lo central de nuestra vida cristiana: ser cristianos, sencillamente.

18. Debemos recobrar, llevados de la mano de san Ildefonso, el gran tema de la Virgen María, lo que se ha venido en llamar el «principio mariano», tan originario y fundamental, que tan bellamente expuso el Papa Benedicto XVI en la solemne celebración de la imposición del anillo cardenalicio en la última creación de cardenales, cuando tuve el honor inmerecido de recibir el capelo de cardenal. Como recordó Benedicto XVI aquella memorable jornada, «la importancia del principio mariano en la Iglesia fue puesta de relieve de modo particular, después del Concilio, coherentemente con su lema «Totus tuus», por Juan Pablo II, cuya visita hace veinticinco años en noviembre, recordamos con hondo agradecimiento y cariño emocionado.

VI. San Ildefonso, en nuestras raíces más propias; acicate y garantía para nuestro futuro

19. La memoria de san Ildefonso, no es sólo mirada al pasado sino capacidad y apertura al futuro; al tiempo que nos evoca nuestro ser más propio -bautizados en Cristo- y nuestras raíces inseparables de la Iglesia, nos hace sentir el gozo de ser Iglesia. La celebración de este mil cuatrocientos aniversario del nacimiento de san Ildefonso, el más grande arzobispo toledano, patrono de esta «diócesis de los Concilios», entre los que destacamos el Tercero de ellos por su importancia para nuestra historia patria, nos aviva el gozo de ser Iglesia, en donde tenemos nuestras raíces y fundamentos más propios.

20. No es el momento de detenerme ahora en este punto sobre nuestras raíces toledanas, las que nos evoca la memoria de san Ildefonso, las que nos alimentan y configuran, las que nos hacen ser lo que somos, inseparable de la Iglesia y que en ella están -lo haré, si Dios quiere, a lo largo de este año en un escrito monográfico-. Pero creo que no podemos dejar pasar por alto sin una referencia fugaz a ello. Este centenario ildefonsiano también es ocasión propicia, más aún en estos momentos, para evocar el esplendor visigótico del siglo al que nuestro santo Patrón perteneció, sobre las bases y raíces cristianas que tanto han supuesto no sólo para nuestra fe, sino también para nuestra cultura, para nuestro patrimonio humano y social, para nuestro futuro y nuestra unidad. No lo olvidemos: en la base, la fe.

21. Considerando y valorando de manera objetiva aquel esplendor visigótico, cimiento y generador de tanto futuro, del que somos deudores, es conveniente recordar aquellas palabras del papa Juan Pablo II en Santiago de Compostela. Así, como Arzobispo de esta querida Sede Toledana, en la memoria agradecida de san Ildefonso, lanzo un grito lleno de amor, como el de Juan Pablo II a Europa: «¡Toledo, vuelve a encontrarte! Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia!»

Toledo tiene unas raíces cristianas, que se remontan a los que anunciaron la fe cristiana en los orígenes, a quienes siguieron a los testigos inmediatos y primeros del Señor, como santa Leocadia, o san Ildefonso, o los santos Eugenio, y san Julián: Cristo es la fuente de vida y de libertad, verdad y luz, fundamento para la dignidad de la persona humana y raíz de donde brota el amor que nos hace convivir fraternamente y trabajar por la paz en la justicia, por la unidad de los pueblos, de Europa, de España. La figura de san Ildefonso, este catorce centenario de su nacimiento, puede ser una ocasión para este reavivar nuestras raíces.

22. Los cristianos no podemos ser la cofradía de los ausentes ante las necesidades y problemas de nuestra sociedad. Los católicos, la Iglesia, podemos y debemos contribuir a la realización humana de la sociedad. Nuestra fe en Jesucristo nos lleva a la afirmación del hombre y su valor absoluto, y a la exaltación más radical y plena de la dignidad inviolable de la persona humana, basada en su condición de criatura de Dios, creador y salvador, creada a imagen y semejanza de Él, redimida y renovada por la sangre de Jesucristo. El reconocimiento efectivo de la dignidad de la persona humana constituye el fundamento y el valor supremo de convivencia y del ordenamiento social. Nunca nos es permitido instrumentalizar al hombre como un medio para la consecución de fines técnicos, políticos o económicos.

23. No habrá una sociedad éticamente configurada ni la Iglesia cumplirá su misión si, en nuestros proyectos y actuaciones públicas y privadas, no reconocemos de modo efectivo la verdad del hombre, el valor absoluto de cada persona y si no tratamos de ordenar toda la vida social a la configuración de un proyecto comunitario en el que cada hombre pueda alcanzar el logro de su humanidad de acuerdo con las posibilidades históricas. Los católicos toledanos, basados en esa fe que recibimos del testimonio de San Ildefonso, hemos de mostrar, en la vida cotidiana y en la práctica real y social, que el servicio del hombre es el criterio de autenticidad y de nuestra experiencia de Dios como Dios. Este servicio respetuoso con la realidad y desde la libertad

de los hijos de Dios, ha de llevar a disipar el malentendido de que Dios solo puede ser afirmado a costa del hombre o al margen del hombre y de que el hombre sólo puede ser servido al margen o en contra de Dios. En esto Toledo, fiel a sus raíces, ha de asumir un protagonismo comprometido, como lo ha sido en otras épocas desde sus orígenes y como es su vocación.

24. No quiero que pase inadvertido, al menos por mi parte, que cuando nace san Ildefonso aún no habían transcurrido veinte años de la celebración del Concilio de Toledo, donde se lleva a cabo la unidad en la fe católica de España, en comunión y continuidad con la Tradición de la fe católica, tras abjurar los visigodos de la fe arriana, y superada toda sombra de adopcionismo, y se reorienta y fortalece la vida cristiana, renovada y purificada, como base de la unidad del espíritu alcanzada. Aquel Concilio, «es un dato histórico, eclesiástico, y europeo 'hispano, en primer término', de primer orden..., ha creado futuro, ha construido Europa 'ha construido principalmente España, produciendo unidad a partir de la fuerza del espíritu» (J. Ratzinger). «Frutos preciados de aquel acontecimiento eclesial fueron la armonización profunda de perspectivas entre la Iglesia y la sociedad, entre fe cristiana y cultura humana, entre inspiración evangélica y servicio al hombre» (Juan Pablo II). Ahí nació con toda propiedad España. Por eso España, de alguna manera, es volver a las fuentes y llevar a cabo lo que el cristianismo primero ha intentado.

25. Aquella unidad había sido algo muy fundamental. Por eso, cuando hacia la mitad del siglo VII en pleno esplendor visigótico, vive san Ildefonso y desarrolla su ministerio, primero abacial y después arzobispal, surgen brotes de arrianismo, o no están suficientemente asentadas la fe de la Tradición de la Católica, cuando, además, se mueven o se cree que se están agitando las aguas de influencia judaizantes, y el vigor de la vida cristiana consonante con la verdadera fe católica y la gran Tradición que une a la Iglesia y la sociedad hispana con la Católica denota una cierta dejación y debilidad, la figura de san Ildefonso surge con fuerza para defender la verdadera fe, afirmando la virginal maternidad de María, siempre Virgen y verdadera madre de Dios. Así, particularmente con su tratado sobre la Virginitad de María, nuestro Santo sale al paso frente a arrianos o judíos, que ponían en juego el don precioso de la unidad alcanzada y en trance de consolidarse. Al mismo tiempo, san Ildefonso, se alza, apelando a la identidad bautismal y a la vida nueva consonante con el Bautismo, con sus otras dos obras sobre el Bautismo y sobre el itinerario de perfección; lo mismo habría que decir acerca de su obra sobre Los varones ilustres, de los que destaca sobre todo su vida evangélica y modélica, su santidad.

26. De este manera vemos que todo cuanto conocemos, pues, de san Ildefonso, cuanto escribió está dirigido a mantener con vigor la fe católica y la identidad cristiana, base de la unidad de aquel pueblo. Siglos posteriores, tras la «España perdida», toda la Reconquista será el gran esfuerzo de una nación por volver a esas raíces, base de su unidad e identidad como pueblo, que son la de la fe católica, en comunión fiel con la Iglesia de Roma.

27. San Ildefonso nos enseña con su vida y su enseñanza, con su testimonio y con su doctrina, que el futuro de España, se quiera o no, está en la fe, no puede estarlo en modo alguno en una «cultura de la nada», del vacío, de la libertad sin límites y sin contenido, del relativismo vendido como conquista, como parece ser la actitud fundamental de muchos en nuestros días. Sólo, a mi entender, el redescubrimiento del acontecimiento cristiano, en su sustancia viva, en lo nuclear del mismo, como hace san Ildefonso, con toda la carga que comporta, como decidida y decisiva resurrección de la antigua alma española, la que la constituye en su ser más propio, en su unidad histórica, en la unidad del espíritu. Para el futuro de España, la fe católica no debería quedar relegada a la esfera de lo privado, la fe en Dios vivo, revelado y comunicado en Jesucristo, hijo de Dios hecho hombre de las entrañas virginales de la siempre Virgen María; ni tampoco, si queremos que haya un futuro, la existencia originada en el bautismo, puede quedar reducida a la privacidad. No proseguiremos nuestro camino, el camino del verdadero humanismo, al margen de esto. Si bien es verdad que España y cristianismo no coinciden, ni han coincidido nunca del todo, ni siquiera en el esplendor visigótico como vemos por san Ildefonso, también lo es con evidencia que la matriz cristiana ha sido lo que ha dado su impronta peculiar a la «humanitas» española. No se puede dudar que la fe cristiana es parte, de manera radical y determinante, de los fundamentos de lo que somos, de nuestra identidad, de nuestra unidad y de nuestra cultura. El cristianismo es la forma de nuestra España. Si abandonamos esto, seremos otra cosa, pero ya no seremos España, esta es también una de las grandes lecciones y de la gran luz que arroja sobre nuestro hoy el santo Arzobispo, san Ildefonso de Toledo.

28. ¡Qué gran actualidad tiene el mensaje y el testimonio de san Ildefonso para nuestros días, tan dominados por la ideología y el sucedáneo sustituto de la verdadera religión por el producto al uso propiciado por fuerzas muy poderosas de la «Nueva Era» (*New Age*), o por ese «pensamiento» débil de una visión de una cierta «modernidad» que se nos quiere imponer, tan basado en el relativismo, en la negación de la revelación cristiana, en la oposición entre razón y fe, en una visión distorsionada del hombre sin Dios, o de un dios inexistente que es pura creación humana! Llama la atención la sintonía

tan grande que se encuentra en lo nuclear del mensaje del santo Arzobispo, con lo que viene diciendo y repitiendo hasta la saciedad el Papa actual como respuesta a este mundo. Pienso que es providencial para Toledo y para España esta celebración de san Ildefonso en los precisos momentos que vivimos, y haríamos bien en ver a san Ildefonso como un signo clarificador y de orientación que Dios nos ofrece de cara a nuestro presente y nuestro futuro.

VII. Conclusión

29. Concluyo esta Carta Pastoral al comenzar el año jubilar de la memoria agradecida por el décimo cuarto centenario del nacimiento en Toledo de san Ildefonso, su Patrón, con una exhortación a todos. Queridos diocesanos de Toledo, en esta hora de la historia del mundo, de nuestra historia española y toledana, guiados por el testimonio, enseñanza y aliento de san Ildefonso, que intercede, además, por nosotros, tengamos una gran esperanza. San Ildefonso nos abre e invita a ella. Él es testigo del amor de Dios a los hombres y de que este amor de Dios al hombre ha vencido ya en Cristo al pecado y a la muerte; y esta victoria se hace patente en la humanidad nueva glorificada de san Ildefonso, como de tantos y tantos otros, que acogieron mediante la fe la salvación de Jesucristo. La desorientación cultural y moral que tantas veces y con tal poderío domina nuestro tiempo, así como los signos de muerte que en él se manifiestan, no pueden oscurecer esta certeza que la Iglesia presenta hoy y siempre al mundo, y que brilla con especial luminosidad en san Ildefonso.

San Ildefonso nos llama a la fe, a renovar nuestra vida cristiana, a ser santos, a fortalecer la iniciación cristiana para hacer cristianos, a robustecer la formación sólida de los cristianos para que sigamos un camino de desierto sin contentarnos con una vida mediocre sino de perfección evangélica, por el auxilio, la mirada y el ejemplo de santa María, Madre de Dios siempre Virgen. En ella, como aconteció en san Ildefonso, descubriremos la plenitud del amor de Dios que nos ha sido entregado en su Hijo; en ella encontraremos la clave de la verdadera sabiduría humana, la que reconoce al Dios de la vida y no se resiste a su abrazo; en ella reconocemos la verdadera libertad que engrandece al hombre, porque diciendo «sí» a la iniciativa de Dios, comprueba las maravillas que Él hace en su vida. Como nuestro santo patrón vivamos la «esclavitud de maría», para que encontremos, sigamos y vivamos en Jesús, seamos de verdad cristianos, bautizados en Cristo.

Que, con la intercesión de la siempre Virgen María y de su «esclavo» san Ildefonso, vivamos este año jubilar, en memoria de su nacimiento, con espíritu de fe, con fuerzas para el combate y la superación, con la ayuda de la gracia.

Este tiempo es un tiempo de gracia no endurezcamos el corazón; no dejemos pasar este año. Que todas las celebraciones y actos -señalados en el programa adjunto- sean aprovechados al máximo y nos ayuden a conocer más y a seguir mejor a san Ildefonso.

Que san Ildefonso, patrón y cimiento de esta Iglesia que está en Toledo, interceda por nosotros, por su Iglesia por toda la diócesis y la ciudad de Toledo, y que Dios colme con su bendición este año y lo llene de fecundidad evangélica; que nos conceda que sea muy rico en experiencia cristiana; que sirva singularmente para dar vigor y valentía para proseguir el gran camino, lleno de futuro, que recorrió en nuestras tierras toledanas, san Ildefonso de Toledo. Que él nos alcance de Dios la bendición sobre todos, la fortaleza y el gozo de la fe y la gracia de impulsar, con nuevo ardor, y emprender caminos de una nueva evangelización y de una pastoral renovada de la iniciación cristiana capaz de alentar la esperanza y dar consistencia a la caridad, testimonio y obra de Dios, que es amor.

Con mi bendición y afecto para todos.

✠ ANTONIO CAÑIZARES LLOVERA
Cardenal Arzobispo de Toledo
Primado de España

En Toledo, a 23 de enero de 2007
Fiesta de san Ildefonso

**HOMILIA EN LAS PRIMERAS VISPERAS DE LA
FIESTA DE SAN ILDEFONSO
EN EL XIV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO**

**Parroquia de San Ildefonso
22 de enero de 2007**

Hermanos y hermanas en el Señor: Con estas primeras vísperas solemnes, iniciamos las celebraciones del décimo cuarto centenario del nacimiento de san Ildefonso de Toledo, en la parroquia de la que él mismo es su titular. De nuestros labios y nuestro corazón se eleva una gran alabanza a Dios, rico en misericordia. En este templo van a resonar con gran fuerza y aliento las palabras del Magnificat de la Santísima Virgen María por aquel que es llamado «fiel notario de María», «Capellán de la Virgen», «primer esclavo de María. Su enseñanza singular sobre la Virgen con la que, sin duda, brilla entre los

demás de su tiempo y aún de la historia, es señal de la gracia y amistad honda que tuvo con María. No se comprenden sus enseñanzas si no es por ese trato y esa amistad con la que se mantuvo unido a la Virgen gloriosa, María». ¿Quién -se pregunta otro gran enamorado de la santísima Virgen, santo Tomás de Villanueva- fue tan grato, tan familiar, tan entregado a la Virgen?» Añade el santo manchego de Infantes: «Lee las historias de los santos, y después del Evangelista del Señor, Juan, no encontrarás en esto nadie parejo a Ildefonso. Ganado por la Virgen y con la Virgen prometido, en todo cuanto era hecho anuncio por Ella y de Ella, y no ignorando que se debía a la Virgen, se consagró a Ella en obediencia total y lleno de gozo en todo lo que era, todo él se consagró y se abandonó en su servicio como esclavo de María».

Toda su vida queda enmarcada y sellada por esta esclavitud mariana. Él fue el primero que expuso los fundamentos de la esclavitud mariana, porque primero la vivió él en su propia existencia. Tal vez nos resulte ajena o extraña esta piedad tan rica, cuya hondura hemos visto y palpado en un santo de nuestros días, el Papa Juan Pablo II, que vivió, precisamente bajo este lema de *Totus tuus*, el lema de esta forma de piedad. Quien entiende esta forma de vida, quien entiende la esclavitud mariana como el Papa Juan Pablo, como san Luis María Grignon de Monfort o como san Ildefonso, comprende que en el fondo hay una verdad de fe: «Ir a Dios por María». Es lo que palpamos en esta oración de san Ildefonso a la Virgen María: «Concédeme –dirá– Señora estar siempre unido a Dios... servirte a ti y a tu Hijo, ser esclavo de tu Señor y tuyo; suyo, pues es mi Creador; tuyo, porque eres la Madre de mi Hacedor. Suyo, pues es mi Señor todopoderoso; tuyo, porque eres en todo la sierva del Señor... Soy, por tanto, tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor y tú eres mi Señora, y yo siervo tuyo, pues eres la madre de mi Creador».

Guiado por la Santísima Virgen María, consagrado a Ella como esclavo suyo, no buscó otra cosa en su vida que ser de Cristo y para Cristo, conocerlo, amarlo y darlo a conocer, llevar a los demás a Cristo. Por eso leemos, entre otros muchos textos de sus escritos, la siguiente súplica a la Virgen: «Te ruego, santa Virgen, que yo posea a Jesús de aquel Espíritu por el que tu carne concibió al mismo Jesús, que yo pueda conocer a Jesús en virtud de aquel Espíritu por el que te fue dado a Ti conocer, tener y alumbrar a Jesús. Hable yo sobre Jesús cosas humildes y sublimes en aquel Espíritu en el que Tú te confiesas esclava del Señor, deseando que se realice en Ti la palabra del Ángel. En aquel Espíritu ame yo a Jesús en el que le adoras como Señor, le contemplas como Hijo. Tan realmente rinda yo vasallaje a este Jesús como realmente se sometió Él mismo a sus padres, siendo Dios».

«María nos acerca a Cristo, con tal de que se viva en el misterio de Cristo». Así nos lo muestra de forma patente y hecho carne, humanidad nuestra, san Ildefonso. Como nos lo mostró Juan Pablo II. Su fundamento, innegablemente

trinitario, se basa en la Encarnación del Verbo de Dios. Por eso, diría el Papa del *Totus tuus*, «son cruciales, son decisivas, las palabras del Ángelus. Expresan el núcleo central del acontecimiento más grande que ha tenido lugar en la historia de la humanidad» (Juan Pablo II). Se comprende que en el momento crucial que vivió san Ildefonso, como en el momento crucial que vivió entre nosotros, Dios suscitate esta forma de piedad tan decisiva. Hablar de la esclavitud mariana es hablar de la Encarnación. Hablar de la consagración a María como esclavo suyo, llevar a cabo esta consagración, vivir esta esclavitud de María, es hablar de Cristo, el Hijo de Dios hecho hombre que toma un cuerpo de María y dice: «Me has dado Señor un Cuerpo, aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad». No está lejos esta espiritualidad de la de santa Teresa de Jesús, ni de la de la infancia espiritual de santa Teresita, o la de la filiación, la de nuestro ser de bautizados. Que san Ildefonso interceda por nosotros para que seamos renovados por la consagración a María, por vivir más hondamente la espiritualidad mariana, la de la esclavitud mariana, que él vivió y enseñó.

HOMILÍA EN LA SANTA MISA EN LA VÍSPERA DE SAN ILDEFONSO CON OCASION DEL XIV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

**Parroquia de San Ildefonso
22 de enero de 2007**

Queridos Obispos Auxiliares, queridos sacerdotes de esta parroquia, del Cabildo Catedral y del Cabildo de párrocos de la ciudad y Arciprestazgo de Toledo, queridos Rector y formadores, seminaristas del Seminario de san Ildefonso, queridas religiosas, queridos fieles de esta parroquia de san Ildefonso, queridos todos, hermanos y hermanas en el Señor: Con las Primeras Vísperas solemnes, hemos iniciado las celebraciones de la fiesta de San Ildefonso, en el año en que conmemoramos, en memoria agradecida, los mil cuatrocientos años de su nacimiento.

Son muchos los motivos que tenemos para la acción de gracias con ocasión de esta memoria de nuestro santo Patrón, que unimos al principal motivo de todos, que es el inmenso amor con que Dios nos ha amado y bendecido en Cristo con toda suerte de bienes espirituales y celestiales, en quien hemos sido elegidos para ser santos e irreprochables ante Dios por el amor. Podríamos detenernos largo tiempo en los bienes que Dios nos ha hecho llegar por medio de san Ildefonso. En esta noche quisiera fijarme sólo en un aspecto que juzgo fundamental en sí mismo y para nosotros. Se trata de la Virginitad de María, sobre la que San Ildefonso escribió como pocos.

No voy a explayarme en todo cuanto mucho y de gran hondura dice san Ildefonso sobre la Santísima Virgen María, Madre de Dios, siempre Virgen, antes del parto, en el parto y después del parto. Sólo quiero llamar la atención sobre el significado hondo y la importancia que tiene para nuestra vida en los momentos actuales la confesión de fe en santa María, siempre Virgen.

Ella, virgen siempre, es Madre, por obra y gracia del Espíritu Santo. Todo en Ella es gracia y obra de la gracia de Dios. El misterio de María, la Virgen Madre, está preparado en pasajes decisivos de la historia de la salvación. Así nos la presenta san Ildefonso, que siempre trata de ver cumplido el Antiguo Testamento en la Encarnación del Hijo de Dios, en la maternidad virginal de María. También nos refiere el caso de otras madres de la Antigua Alianza donde se muestra el poder de Dios: la madre de Isaac, Sara, que era estéril y que por el poder de Dios concibió a Isaac, convirtiéndose así en madre del pueblo elegido, cuando era muy anciana y habían desaparecido sus fuerzas; la misma fuerza de Dios aparece en Ana, la madre de Samuel, que también da a luz siendo estéril, o la madre de Sansón, o Isabel, la madre de Juan el Bautista. En todos estos casos, el significado de la que sucede es la mismo: la salvación no procede en absoluto del hombre y de su poder, sino de Dios, de su acción de gracia. Por eso la actuación de Dios se da allí donde humanamente no cabe esperar nada: hace nacer del seno materno de Sara el destinatario de la promesa y sigue esta ley hasta el nacimiento del Señor del seno de la Virgen.

Y esto significa que la salvación del mundo es obra exclusiva de Dios, y por eso surge en medio de la debilidad y la incapacidad humana. El nacimiento del seno de la Virgen significa el carácter gratuito, gracioso, de este hecho. Es símbolo de la gracia, la más genuina realización de las palabras que la misma Virgen dirá después en el Magnificat: «A los soberbios derribó de su trono y engrandeció a los humildes». Pero este misterio de la gracia que se produjo en María no la aleja de nosotros, no la hace inaccesible, sino que la convierte en un confortante signo de la gracia: Ella anuncia al Dios que es más grande que nuestro corazón, y cuya gracia es más fuerte que nuestra debilidad, a la que ya de antemano ha superado.

Toda la personalidad de María está expresada en su maternidad virginal, en su virginidad perpetua; todo en Ella es obra de Dios: ésa es la verdad más profunda de María, en donde vemos también reflejada la verdad del hombre. Todo cuanto significa la virginidad de María queda así mismo reflejado en su canto del Magnificat, que viene a ser como el retrato, el verdadero icono de la Virgen. Comienza este canto de la Virgen con la palabra «Magnificat», mi alma engrandece al Señor. Proclama que el Señor es grande. María desea que Dios sea grande en el mundo, que sea grande en su vida, que esté presente en todos los corazones. Proclama que es más grande cuando más pequeño se hace. No tiene miedo que sea un competidor en nuestra vida, de que con su

grandeza pueda quitarnos algo de nuestra libertad, de nuestro espacio vital. Ella sabe que si Dios es grande, también nosotros somos grandes. No oprime nuestra vida, sino que la eleva y la hace grande: precisamente entonces se hace grande con el esplendor de Dios.

Este es el drama del hombre: desde Adán Eva hasta nuestros días, y si cabe con mayor fuerza e intensidad en nuestros días. Temían, temen hoy, que si Dios era demasiado grande, quitara algo a su vida; pensaban que debían apartar a Dios a fin de tener espacio para ellos mismos. Esta es la gran tentación de la época moderna. Cada vez más se ha pensado y dicho: «Este Dios no nos deja libertad, nos limita el espacio de nuestra vida con sus mandamientos. Por tanto Dios debe desaparecer; queremos ser autónomos, independientes. Sin este Dios, nosotros seremos dioses, y haremos lo que nos plazca».

Ese parece ser el pensamiento de la época moderna. Se piensa y se cree que, apartando a Dios y siendo autónomos, siguiendo las propias ideas y la propia voluntad, se pueda llegar a ser realmente libres, para poder hacer lo que apetezca sin tener que obedecer a nadie. Pero cuando Dios desaparece, el hombre no llega a ser más grande; al contrario, pierde la dignidad divina, pierde el esplendor de Dios en su rostro; al final se convierte en el producto de una evolución ciega, del que se puede usar y abusar. Eso es precisamente lo que ha confirmado la experiencia de nuestra época.

El hombre es grande, sólo si Dios es grande. Con María, siempre virgen, siempre toda de Dios y Dios actuando en Ella, debemos comenzar a comprender que es así. No debemos alejarnos de Dios, sino hacer que Dios esté presente, hacer que Dios sea grande en nuestra vida: así también nosotros seremos divinos, tendremos todo el esplendor de la dignidad divina, la belleza de la virginidad de María donde se muestra la entera posesión de Dios, la gracia y la fuerza de Dios, las maravillas que su misericordia realiza cuando se vive de Él y para El. Es importante que Dios sea grande en nosotros, en la vida privada y en la vida pública. En la vida pública es importante que Dios esté presente; presente en nuestra vida común, porque si Dios está presente tenemos una orientación, un camino común: de lo contrario, los contrastes se hacen inconciliables, pues ya no se reconoce la dignidad común. Engrandecemos a Dios en la vida pública y en la vida privada. Eso significa hacer espacio a Dios cada día de nuestra vida, comenzando desde la mañana ya lo largo del día. Si Dios entra en nuestro tiempo, todo el tiempo se hace más grande, más amplio, más rico.

En el canto del Magnificat, María es la dichosa porque ha creído: Proclama la verdad de Dios, deja a Dios ser Dios, lo contempla en sus grandes maravillas a lo largo de la historia de la salvación, que es historia de su misericordia, que llega a nosotros de generación en generación. Ahí se muestra como la

esclava del señor, la que en todo se pliega a la voluntad de Dios, se muestra unida enteramente a su Hijo: «Aquí estoy para hacer tu voluntad». «Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra». Cumplir la voluntad de Dios en todo, porque Dios es Dios; hasta la Cruz, donde nos es dada como Madre. Ahí está la grandeza del hombre.

En su virginidad perpetua se muestra que es toda de Dios, que es la fiel Esclava de su Señor, y por ello Ella piensa con el pensar de Dios, sus pensamientos son los de Dios, sus palabras son las de Él. Estaba penetrada de la luz divina; veía las cosas y los acontecimientos como los ve Dios; por eso era tan espléndida, tan buena, tan grande; por eso irradiaba amor y bondad. María vivía de la palabra de Dios, estaba impregnada de la Palabra de Dios, y así recibía también la luz interior de la sabiduría. Quien piensa con Dios, piensa bien; y quien habla con Dios, habla bien, tiene criterios de juicio válidos, para todas las cosas del mundo, se hace sabio, prudente, y al mismo tiempo bueno, también se hace fuerte y valiente, con la fuerza de Dios que resiste al mal y promueve el bien en el mundo. Proclama la verdad de Dios: hace misericordia, es misericordioso, levanta del polvo al desvalido, humilla a los soberbios y engrandece a los humildes. Es amor. Ella es la fiel esclava, la humilde; Dios ha mirado la humildad de su esclava. Por eso es la gran testigo del amor y de la misericordia de Dios. Ha traído, con su sí, al mundo, a aquel, en quien hemos conocido el amor.

María Madre de Dios, siempre Virgen, y María, Esclava del Señor, es como anverso y reverso de una misma realidad. Dios de la gracia que actúa con la omnipotencia y grandeza de su amor; la persona humana que vive de Dios y para Dios, consagrada a Él. Así Dios actúa y se realizan en nosotros por su fuerza las maravillas de su amor. Que san Ildefonso nos ayuda a entrar en la grandeza y verdad de este misterio, porque es ahí donde encontramos toda la grandeza del hombre y también su futuro, el futuro de la humanidad.

**HOMILÍA EN LA SANTA MISA DE
APERTURA DEL XIV CENTENARIO DEL
NACIMIENTO DE SAN ILDEFONSO**

**En Rito Hispano-Mozárabe
S. I. Catedral Primada
23 de enero de 2007**

Queridos hermanos Obispos, D. Carmelo y D. Ángel; queridos hermanos sacerdotes y diáconos; estimadas y dignas autoridades; queridos todos hermanos y hermanas en el Señor:

Con una alegría inmensa, especial, estamos celebrando la Eucaristía, en la fiesta de san Ildefonso. Se cumplen los mil cuatrocientos años de su nacimiento. Ha sido un inmenso regalo de Dios, una muestra de la singular elección y designio que Dios tiene sobre esta Iglesia de Toledo, una gracia especial, que reconocemos, alabamos y por la que nunca dejaremos de dar gracias al Altísimo, Dios de toda misericordia.

Permitidme que me atreva a advertir que no estamos ante un santo más. En todos los santos vemos el rostro de Dios, en todos ellos palpamos las maravillas de la gracia y de la misericordia de Dios. Pero en San Ildefonso, fiel y prudentísimo siervo del Señor, hay algo, si cabe decir, más, algo singular, unos rasgos que hacen de él un signo particularmente luminoso en los tiempos que vivimos. Veo en él, así lo expreso con toda sencillez, un indicador puesto por Dios para nuestra diócesis que nos orienta en el camino que hemos de seguir en estos precisos momentos. Es como una luz, un faro, con el que, en medio de la noche, de la desorientación y de lo gélido del momento, Dios quiere iluminarnos.

Cuando, haciendo la tesis, estudiaba a santo Tomás Villanueva, me encontré con dos sermones suyos pronunciados en la ciudad de Toledo en el siglo XVI sobre san Ildefonso. Si bien ambos son espléndidos y de largo alcance, por ejemplo, en el tema de la fe, y me llamaron mucho la atención por diversos motivos, abordaban, sin embargo, temas que no tocaban mucho el objeto de mi estudio y no entré a fondo en ellos. Por eso no había vuelto sobre los mismos, hasta hace un mes. Ahora, con ocasión del décimo cuarto centenario, me he interesado y los he leído de nuevo. Me he encontrado que, en uno de ellos, lo llama, nada menos, que *doctor illuminatissimus*, es decir, maestro, doctor especialmente lleno de luz y sabiduría. ¿Por qué? No se trata, cierto, de un calificativo retórico. El santo manchego quiere expresar algo relevante de nuestro santo Arzobispo, «valentísimo Arzobispo», dice de él también. Además de aludir a la antorcha de su sabiduría brillantísima, patente en sus libros, con los que iluminó a la Iglesia tanto en su tiempo como en los siglos posteriores, santo Tomás de Villanueva señala también que, como se dice de Juan el Bautista, san Ildefonso era antorcha que no sólo luce e ilumina, sino que arde y luce: arde con el amor de Dios y el celo de la fe, luce con la palabra de la doctrina y el ejemplo de las obras. No era, añade, de los que se preocupan más de lucir, que de arder, es decir, no fue de aquellos que, teniendo lámparas, no toman consigo el aceite y merecen las duras palabras del Señor: «No os conozco». San Ildefonso, por el contrario, buen amigo del Señor por el amor y la sabiduría, siervo fiel suyo y lleno del óleo de la caridad pastoral, vigiló y cuidó con gran solicitud sobre el rebaño del Señor; de esta solicitud, dice santo Tomás de Villanueva, es testigo toda España, de la que, por su predicación y su fortaleza de ánimo, hizo huir los terribles acechos y amargas dentelladas de los lobos, en este caso, de las herejías.

¿Quién no recuerda en esto, de alguna manera, las palabras del Papa Benedicto XVI en la homilía de la Eucaristía con la que iniciaba su ministerio petrino en la Plaza de san Pedro? «Una de las características fundamentales del pastor -dijo el Papa- debe ser amar a los hombres que le han sido confiados, tal como Cristo, a cuyo servicio está... Apacantar quiere decir amar, y amar quiere decir estar dispuesto a sufrir. Amar significa dar el verdadero bien a las ovejas, el alimento de la verdad de Dios, de la palabra de Dios; el alimento de su presencia... Rogad por mí, para que, por miedo, no huya ante los lobos» (Benedicto XVI). San Ildefonso no sólo no huyó, y, por ello tuvo que sufrir, defender y luchar, sino que hizo huir al lobo de la mentira que con la desfiguración de la verdad de la fe intentaba de nuevo desarticular la unidad y la paz alcanzada en España. Amó a su pueblo y, por eso, le entregó la verdad de Dios y su palabra.

Unos años antes del nacimiento de san Ildefonso, dieciocho concretamente, se había celebrado el III Concilio de Toledo, dato histórico, eclesial, hispano y europeo de primer orden. La España del tiempo de este III Concilio «estaba dividida internamente en un doble sentido. Al enfrentamiento étnico entre la población románica y la germánica -los latinos y los visigodos- se sumaba la correspondiente oposición entre las versiones católica y arriana del cristianismo. Las contraposiciones de la sangre sólo podían ser salvadas por la unidad del espíritu; ambos pueblos podían crecer y caminar juntos, por la senda de la unidad de la fe». Leovigildo lo intentó políticamente por la línea arriana y fracasó. «Su hijo Recaredo recorrió, por convicción interna, el camino inverso. El Concilio de Toledo vino a sellar solemnemente el paso del pueblo visigodo a la religión católica... El Concilio de Toledo ha creado futuro, ha construido España, ha construido Europa a partir de la fuerza del espíritu» (J. Ratzinger). Aquel día nacía la España actual. No se entiende nuestra patria común, nuestra unidad histórica y cultural, nuestra historia común, en sus vicisitudes múltiples y en su organización diversa a lo largo de siglos, sin aquella unidad. Certeras fueron las palabras del Papa Juan Pablo II cuando dijo a los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Toledo: «A distancia de siglos nadie puede dudar del valor de este hecho y de los frutos que se han seguido en la profesión y transmisión de la fe católica, en la actividad misionera, en el testimonio de los santos, de los fundadores de órdenes religiosas, de los teólogos que honran con su memoria el nombre de España. La fe católica ha desarrollado una idiosincrasia propia, ha dejado una huella imborrable en la cultura, ha impulsado los mejores esfuerzos de vuestra historia» (Juan Pablo II). Lo que en este Concilio se logró tuvo una repercusión muy honda sobre la España cristiana que entonces nacía y, desde España, en toda Europa, a la que se adelantó en tantas cosas y en la que tan beneficiosamente influyó para ser sencillamente «Europa», con todo lo que ella significa.

San Ildefonso ejerció el servicio abacial y el ministerio arzobispal unas décadas más tarde del tercer Concilio Toledano. Era todavía frágil la unidad alcanzada, y se veía amenazada por propensiones de vuelta al arrianismo y al adopcionismo; sus costumbres cristianas no estaban totalmente consolidadas. El esplendor visigótico no tenía todos los asientos ni los apoyos necesarios para mantenerse en aquella unidad base. Los riesgos, a juzgar por la crítica interna de los escritos de san Ildefonso, eran evidentes. Por ello, nuestro santo patrón insiste en su predicación en la defensa de la fe, en la autenticidad de la vida cristiana, en la solidez de una vida recia en el seguimiento de Jesucristo, conforme a las exigencias del bautismo. No es casual su tratado sobre la «Virginidad Perpetua de María», que más que un tratado de mariología -que lo es- es un tratado de cristología y de profesión de la sustancia de la fe católica frente al arrianismo y el adopcionismo que destruyen toda la fe. No es casual tampoco, su obra sobre el «Conocimiento del Bautismo», que más que un tratado teológico sacramental, es una orientación para la iniciación cristiana y para profesar el Credo de la Católica en conformidad con la Tradición apostólica; como tampoco es casual su obra sobre el «Camino del desierto», que más que un tratado de espiritualidad -que también lo es- constituye una catequesis moral para caminar en el seguimiento de Cristo no contentándose con los mínimos, sino por el camino de la perfección.

Como reconoce santo Tomás de Villanueva, España entera es testigo de lo que supuso el ministerio de buen Pastor ejercido por san Ildefonso. Su predicación, sus escritos, su solicitud pastoral fueron un instrumento puesto por la Providencia para evitar que la España que había nacido y que estaba creciendo y consolidándose se viniese abajo, se debilitase, se apoderase de ella de nuevo la tentación arriana y adopcionista, y se cuartease en sus nuevas costumbres evangélicas. Se hubiese derrumbado aquella unidad del espíritu del III Concilio Toledano. No hubiese sido posible que la «España perdida» un siglo más tarde, se hubiese mantenido sin sucumbir a la invasión, ni hubiese luchado durante ocho siglos para afianzarse en la fe y en la vida católica que la había hecho nacer, siendo España el único país de la historia que se ha hecho, precisamente, en la afirmación de la fe, en la recuperación de la fe, en el mantenimiento de la misma. El papel y la obra, la predicación y la enseñanza, el testimonio y la caridad pastoral de san Ildefonso contribuyó a mantener aquella unidad del espíritu, la que era la España naciente, y no sucumbió ante la invasión de un siglo posterior que hubiese encontrado en una debilidad de la fe, en una tentación arriana, su mejor aliado para perpetuarse en nuestras tierras con las repercusiones que esto hubiera tenido para la historia de Europa y más allá aún de la misma Europa. Fue providencial esta figura toledana, en la que, como decía antes, tenemos una luz que ilumina nuestra identidad y nuestra vocación en el conjunto de la historia, de la Iglesia y de los pueblos de nuestra península.

¿Cuál fue la aportación de san Ildefonso? Ciertamente que, como acabo de señalar, su aportación radicó en la proclamación de la verdad de la fe, del Credo en su sustancia viva que nos une, en la Gran Tradición, con la Católica, con la sede de Pedro. Pero hay un aspecto, entre otros en los que podríamos detenernos, que me llama particularmente la atención: la búsqueda y afirmación de la verdad. Esto es muy importante en los momentos presentes de un relativismo doctrinal y moral feroz, inseparable de una debilidad de la fe cristológica; esto es de suma importancia en una situación invadida por la dictadura del relativismo como la nuestra; esto es capital ante una cultura dominante, laicista, en la que no cuentan ni la verdad, ni Dios, y en la que se puede llegar a afirmar -como se ha hecho- que lo que nos hace verdaderos es la libertad, mientras que la verdad no nos hace libres.

En el comienzo de del Tratado sobre la Virginitad perpetua de María encontramos esta luz esplendente que guía también hoy nuestro camino. Dice san Ildefonso: «La verdad subsiste eternamente. Vive lo que es verdadero. No deja de subsistir lo que procede de la verdad. Por la falsedad no sucumbe la verdad. Con falacia no se vence a la verdad. Con falsedades no se cambia lo que es verdadero y, aunque con las sombras de las falacias se cubra la verdad, las cosas que son verdaderas revelarán los secretos de la verdad. Lo que es falso no subsistirá y, en cambio, lo que es verdadero no faltará; lo que permanece fuera de la verdad será anulado, lo que está lejos de la verdad se disipará, porque Dios es la misma verdad, y lo que es de Dios es verdadero, y lo que de Dios procede, por su sola verdad subsiste. De aquí se sigue que quien anuncia a Dios da a conocer la verdad; quien dice la verdad acerca de Dios, difunde el conocimiento de la verdad; quien asienta a la verdad, defiende los derechos de la verdad; quien abraza a la verdad, ama a Dios; quien practica la verdad, cumple la voluntad de Dios... Felices los que de Él dicen la verdad, felices los que no desprecian la verdad, felices los que cumplen la justicia dentro de la verdad, felices los que guardan su juicio en la verdad y, felices, en fin, todos los que en Dios confían» (san Ildefonso). Mayor actualidad imposible, y mayor luz difícil de encontrar o recibir en los tiempos que corremos. No puedo dejar pasar por alto la sintonía que encuentro entre este proceder de san Ildefonso con los últimos Papas, Juan Pablo II y Benedicto XVI. Como tampoco puedo dejar de apuntar a la sintonía que observo entre este modo de actuar y decir de nuestro santo Arzobispo y las dos últimas Instrucciones pastorales de la Conferencia Episcopal: En una nos referimos a la verdad de la fe, y en la otra a la verdad de los comportamientos morales ante una situación de relativismo, de ofuscación de la verdad. Las dos Instrucciones son inseparables. Los tiempos que vivimos, el garantizar el futuro de lo que somos no puede dar la espalda a estas enseñanzas, a nuestras raíces, a la verdad.

Son tiempos complicados los que estamos viviendo y necesitamos la misericordia de Dios. San Ildefonso es también un gran testigo y un gran cantor de la divina misericordia como no podía ser de otra manera en un hombre como Él, identificado, como pocos en la historia, con la Santísima Virgen María, que canta como nadie la misericordia de Dios en su Magnificat, y cuya maternidad virginal es manifestación y obra del amor de Dios, entrega de su amor en favor de todos, como proclama a lo largo de sus escritos. Hace unos años, en su último viaje a Polonia, el anciano Papa Juan Pablo II, consagrando el templo dedicado a la Misericordia de Dios y en otras ocasiones, expresaba la necesidad de misericordia que tenemos nosotros y el mundo entero. Repito textualmente sus palabras: «¡Cuanta necesidad de la misericordia de Dios tiene el mundo de hoy! En todos los continentes, desde lo profundo del sufrimiento humano, parece elevarse la invocación de la misericordia. Donde dominan el odio y la sed de venganza, donde la guerra conduce al dolor y a la muerte de inocentes, es necesaria la gracia de la misericordia que aplaque las mentes y los corazones, y haga brotar la paz. Donde falta el respeto por la vida y la dignidad del hombre es necesario el amor misericordioso de Dios, a cuya luz se manifiesta el inexpresable valor de todo ser humano. Es necesaria la misericordia para asegurar que toda injusticia en el mundo encuentre su término en el esplendor de la verdad».

El anciano Papa, posando su mirada más allá de las fronteras de su patria polaca, habló también de los «nuevos peligros» que acosan al origen y al fin de la vida, a través de las «manipulaciones genéticas», la eutanasia, el debilitamiento de la familia. «A menudo –dice- el hombre de hoy vive como si no existiese, e incluso se pone a sí mismo en el lugar de Dios. Se arroga el derecho del Creador de interferir en el misterio de la vida humana. Quiere decidir, mediante manipulaciones genéticas, la vida del hombre, y determinar los límites de la muerte». Las denuncias del Papa fueron más allá: denunció en la sociedad de hoy el querer eliminar la religión tanto de la vida pública como de la privada: «al rechazar las leyes divinas y los principios morales, atenta abiertamente contra la familia. De diversas formas trata de amordazar la voz de Dios en el corazón de los hombres; quiere hacer de Dios el gran ausente en la cultura y en la conciencia de los pueblos. Todo ello ha condicionado sobre todo al siglo XX, un siglo «marcado de forma particular por el misterio de la iniquidad, que sigue marcando la realidad del mundo en este nuevo siglo, todavía dentro de su primera década». ¿Quién no ve en este diagnóstico, un discernimiento muy parecido, aun con sus notas propias, al que hemos hecho los Obispos de la Conferencia Episcopal española en las Instrucciones Pastorales del año 2006, «Secularización y Teología» y «Orientaciones morales ante la actual situación de España», sintetizable en que nuestro problema más radical es el de la negación de Dios y el de un vivir como si Dios no existiera, puesto de relieve y propugnado en la difusión

alarmante del laicismo ideológico y excluyente en nuestra sociedad? Estamos viviendo momentos muy complicados. Con toda honestidad, y con una fe viva, es preciso reconocer que estamos necesitados de la misericordia de Dios para reemprender el camino con esperanza. Estoy perfectamente en mis cabales, cuando mirando la situación de España, de Europa, del mundo, hago mías las palabras del Papa Juan Pablo II en Polonia, y desarrolladas antes ampliamente en su Encíclica «Dives in misericordia»: Para nosotros, en la situación que vivimos, para el mundo y para el hombre «sólo existe una fuente de esperanza: la misericordia de Dios». En este día de san Ildefonso, testigo de la divina misericordia, queremos repetir con fe: «¡Jesús confío en Ti! De este anuncio, que expresa la confianza en el amor omnipotente de Dios, tenemos particular necesidad en nuestro tiempo, en el cual el hombre experimenta el desconcierto ante las múltiples manifestaciones del mal. Es necesario que la invocación de la misericordia de Dios brote de lo profundo de los corazones llenos de sufrimiento, de inquietud y de incertidumbre, pero al mismo tiempo de una fuente inefable de esperanza». El manantial de esa fuente que es Cristo, el Hijo único del Padre, rico en misericordia, lo encontramos en la siempre Virgen María, Madre de Dios, que mostró tan agudamente san Ildefonso en sus enseñanzas y en su vida de esclavo de María.

En el día de su fiesta, y al comienzo de este año Jubilar suyo, tras meditarlo mucho y orarlo más, he querido consagrar a la misericordia divina a nuestra diócesis de Toledo y a nuestra España, ante la mirada como testigo de san Ildefonso, que tanto hizo por ella, la de su época y la futura, también la nuestra. Nos ponemos en pie para hacer esta consagración usando la misma fórmula, la misma oración, que usó Juan Pablo II en la consagración del mundo, en el santuario de la Divina misericordia, en Cracovia:

«¡Dios, Padre misericordioso,
que has revelado tu amor en tu Hijo Jesucristo,
y lo has derramado sobre nosotros en el Espíritu, Consolador,
te confiamos hoy el destino de la diócesis de Toledo,
de España, y de todo hombre.
Inclínate hacia nosotros pecadores,
sana nuestra debilidad, vence todo mal,
haz que todos los habitantes de esta tierra toledana
y de todas las tierras de España
experimenten tu misericordia, para que en ti, Dios Uno y Trino,
encuentren siempre la fuente de esperanza.
Eterno Padre, por la dolorosa pasión y la resurrección de tu Hijo,
ten misericordia de nosotros y del mundo entero!
Amén.

CONSAGRACION AL INMACULADO CORAZÓN DE MARÍA ANTE EL ALTAR DE LA «DESCENSIÓN DE LA VIRGEN»

**S. I. Catedral Primada
23 de enero de 2007**

Aquí, en este lugar, según una venerable tradición, se apareció a san Ildefonso de Toledo la Santísima Virgen María y le impuso la casulla como señal de su complacencia por su entrega a Ella y por la proclamación y defensa que hacía de su virginidad perpetua. Ante este altar de la «Descensión de la Virgen», ahora, antes de venerar las reliquias de san Ildefonso, con la misma actitud suya, vamos a renovar la consagración al Inmaculado Corazón de María de España y de nuestra diócesis de Toledo:

Madre de Cristo y Madre nuestra, al conmemorar en esta fiesta el décimo cuarto centenario del nacimiento de tu siervo san Ildefonso, deseamos unirnos a la consagración que tu Hijo hizo de sí mismo: «Yo por ellos me consagro, para que ellos sean consagrados en la verdad» (Jn 17,19, y renovar nuestra consagración, personal y comunitaria a tu Corazón Inmaculado.

Te saludamos a ti, Virgen Inmaculada, que estás totalmente unida a la consagración redentora de tu Hijo.

Madre de la Iglesia:

ilumina a todos los fieles cristianos de la diócesis de Toledo y de España en los caminos de la fe, de la esperanza y de la caridad;
protege con tu amparo materno a todos los hombres y mujeres de nuestra diócesis y de nuestra patria en los caminos de la paz, el respeto y la prosperidad,
que no abandonemos sino avancemos en el camino de la reconciliación y de la distensión, en los de la unidad e integración de todos.

¡Corazón Inmaculado!

Ayúdanos a vencer la amenaza del mal que atenaza los corazones de las personas e impide vivir en la concordia:

¡De todo atentado contra la vida humana, desde el primer instante de su existencia hasta su último aliento natural, y de todo terrorismo, libranos!

- ¡De los ataques a la libertad religiosa y a la libertad de conciencia líbranos!
¡Del desarrollo alarmante del laicismo en nuestra sociedad, o de la voluntad de prescindir de Dios en la visión y la valoración del mundo, en la imagen que el hombre tiene de sí mismo, del origen y término de su existencia, de las normas y objetivos de sus actividades personales, líbranos!
¡Líbranos de la negación de Dios y del vivir como si Dios no existiera, del deseo ilusorio y blasfemo de ser dueños absolutos de todo, de dirigir nuestra vida y la vida de la sociedad a nuestro gusto, sin contar con Dios, como si fuéramos creadores del mundo y de nosotros mismos!
¡De toda clase de injusticias en la vida social, líbranos!
¡De la facilidad de pisotear los mandamientos de Dios, líbranos!
¡De las ofensas y desprecios a la dignidad del matrimonio y de la familia, líbranos!
¡De la división, del enfrentamiento, y de la exclusión de nadie en nuestra sociedad, líbranos!
¡Del extravío de la conciencia del bien y del mal, líbranos!
¡De los pecados contra el Espíritu, líbranos!

Acoge, Oh Madre Inmaculada, esta súplica llena de confianza y agradecimiento.

Bajo tu amparo y la mirada de tus ojos misericordiosos, Santa María, Mujer del Amor y la Fidelidad,

Madre de Jesucristo y Madre nuestra, en este día de san Ildefonso ponemos el presente y el futuro de nuestra diócesis y de España entera, pues tu protección ha acompañado a todos sus pueblos y ciudades a lo largo de nuestra historia desde los primeros años de nuestra vida cristiana.

Protege a Toledo, protege a nuestra diócesis, protege a España entera y a sus pueblos, a sus hombres y mujeres.

Que en tu Corazón Inmaculado se abra a todos la luz de la esperanza.

Amén.

PALABRAS EN LA APERTURA DE LA EXPOSICIÓN « HISPANIA GOTHORUM »

Excelentísimo Sr. Presidente de la Junta de Comunidades de Castilla-La Mancha, querido D. José María; muy estimadas y dignas autoridades civiles, militares, académicas, eclesiásticas; Sr. Director del Museo

Provincial de Santa Cruz y Comisario de la Exposición que hoy se inaugura, queridos todos:

Con ocasión de las celebraciones del décimo cuarto centenario del nacimiento, en esta ciudad, de san Ildefonso, Arzobispo y Patrono de Toledo, se inaugura esta tarde la Exposición *Hispania Gothorum*, que recoge una de las épocas clave en la historia de España: la época visigótica, en la que se fraguó la unidad de nuestra patria, más aún, en la que, de la unidad de la población romana y visigoda, producida a partir de la fuerza del espíritu, en el tercer Concilio Toledano, nació lo que es España.

Esta Exposición, a mi entender, y como su mismo título indica, recoge y refleja la *Hispania Gothorum*, la España Visigótica. La Hispania, «aunque desde muchos puntos de vista fuese precaria, bajo la monarquía visigoda funciona como una unidad, y ésta es enorme si se la compara con las restantes de la misma época... Se conserva el nombre de 'Hispania', que se aplica no a un reino como tal, a un poder político, sino a la totalidad que en romance será Spania, España» (Julián Marías).

La función de la Iglesia es primordial. El tercer Concilio de Toledo, donde se alcanza, en tiempo de Recaredo y de san Leandro, la unidad de credo y unidad de reino, es el acontecimiento clave sin el cual no se comprende nuestra realidad ni nuestra historia. En aquel Concilio «la unidad de la fe otorgó a los pueblos de España la catolicidad. La unidad se hizo católica. Los pueblos de España -adheridos a la verdadera fe- llegaron a ser un único pueblo que respiró la universalidad de la Iglesia. Los que habían vivido dispersos, opuestos y en lucha fratricida, se hicieron, por la fuerza misma de la única verdad revelada en Cristo, hermanos». Entonces, sencillamente, nace España, adquiere plena conciencia de su unidad, de su soberanía y su independencia. Después vendrá el llamado «esplendor visigótico», cuyo centro y sede se encuentra en nuestra ciudad de Toledo. Cuando tras «la España perdida», debida a la invasión islámica, del siglo VIII, se recupera su realidad y unidad, es preciso reconocer que «lo que dio a España su excepcional fuerza de resistencia colectiva fue el haber fundido en un solo ideal la recuperación de las tierras godas para la patria y la de las cautivas iglesias para la cristiandad» (R. Menéndez Pidal). De esa historia, y la que sigue con posterioridad a la consumación de la total recuperación en 1492, con los Reyes Católicos, y que se prolonga hasta hoy, somos herederos: esa herencia nos constituye, hace que seamos lo que somos: España.

Esta Exposición, presentándonos principalmente el esplendor visigótico con una de sus figuras señeras, san Ildefonso, junto con san Leandro, y su hermano san Isidoro, sin olvidar otros muchos, nos ayudará, sin duda a ver nuestra realidad con mirada limpia y con verdad. Así construiremos el futuro.

Si miramos al pasado no es para recrearnos ni refugiarnos en él, ni mirarlo con nostalgia, o para volver la vista atrás. Todo lo contrario, es para mirar al futuro, y encaminarnos decididos hacia él, porque aquellos acontecimientos y aquellas personas han creado futuro.

Considerando y valorando de manera objetiva aquel esplendor visigótico, cimiento y generador de tanto futuro, del que somos deudores, ante esta Exposición es conveniente recordar unas palabras de Juan Pablo II en Santiago de Compostela, como Arzobispo de esta querida Sede Toledana, ante la memoria agradecida de san Ildefonso reflejada en esta Exposición, lanzo un grito lleno de amor, como el de Juan Pablo II a Europa: «¡Toledo, vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces. Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia!» Toledo tiene unas raíces que no se pueden pudrir o eliminar. La figura de san Ildefonso, el décimo cuarto centenario de su nacimiento, debería ser una ocasión para este reavivar nuestras raíces y afianzar nuestro futuro.

Mi más cordial felicitación y agradecimiento al Comisario de esta magna y espléndida Exposición, así como a sus colaboradores y a cuantos la han hecho posible. Sin duda va a prestar un gran servicio: conocer mejor nuestra historia. Conocer la historia, acogerla y respetarla, es la base para construir el futuro; al pueblo que ignora su historia o que la olvida, otros le hacen su futuro. Auguro que esta Exposición va a ser un éxito y una gran aportación. Que san Ildefonso les proteja a todos.

